



El Eco de Cartagena

AÑO XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9249

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. I. retiere Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 84.

LEGÍA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGÍAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGÍA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romero, Castañal 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Palás; D. Ginés García Cañabate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5; don Víctor Martínez, plaza de Sevillanos; Don Diego García, Serreta; Don Manuel Forado Martínez, Moreria baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle del Duque; Don Cecilio Cutillas, Serreta; Don Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Solano, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Roldán; D. Manuel Hernández, D. Matías 24; D. Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez é hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; D. Anastasio López, calle de la Palma, Doña Josefa Luci, Caridad, 9, panadería.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de Martín Delgado, 9, pral, Cartagena.

LUNES 22 DE AGOSTO DE 1892.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre.

Puerta de Murcia Pasaje de Conesa.

A LOS SORDOS

Avisamos á los sordos que ha llegado á esta población D. Vicente Ruiz, inventor de los sombreros, corbatas, abanicos y bastones acústicos de tan excelentes resultados para los que padecen de sordera.

El Sr. Ruiz, acaba de inventar un aparato imperceptible Regenerador para curar con gran rapidez sin operación ni molestias alguna las sorduras producidas por catarros ó por debilidad del nervio acústico.

El Sr. Ruiz se ha hospedado en el Hotel de Ramos, donde residirá hasta el miércoles 24 del corriente. La consulta es gratis.

LA SEMANA ANTERIOR

Hemos pasado la semana entregados al entretenimiento de las rifas, en que ha quedado convertida la feria.

Nuestras más bellas damas, provistas de un puñado de perros acuden á las paradas de los rifantes, y allí, en revuelta confusión con la masa del pueblo, se los juegan buanamente esperanzadas en obtener el despertador de níquel, ó cualquier otro objeto de excelente vista, aunque de peores hechos.

Es lo cierto que se pasa bien el rato en las mencionadas paradas, y que sus dueños, obtienen pingües resultados.

Cada uno de éstos ha aguzado su ingenio para llevarse al público.

En todas las rifas cae siempre, eso por de contado; pero en unas hay aproximaciones al número agraciado; en otras puede optarse entre un objeto ó cinco pesetas, y no falta aquella que dé objeto y diez reales. ¡Todo por 5 céntimos! No puede ser menos.

Californios, Marrajos y Expositos continúan rifando también, aunque no han alcanzado—hasta la fecha—el producto que desearan.

Y cuidado que las tres tienen atractivos. La primera dá borricos, la segunda tartana, y la tercera coche (ambos vehículos enganchados.)

Pedir más fuera avaricia.

La semana ha concluido en punta.—Con una corrida de toros.

El público aficionado ha acudido á la plaza, aunque no en tanto número como hubiera deseado la empresa.

Después de todo hay que convenir en que detrás del Jerez, el vino peleón se hace imbebible.

Supongo que no necesita explicación el simil.

Ahora preparémonos á visitar á nuestros vecinos de Murcia, y ojalá las corridas que allí se anuncian resulten como las dadas aquí.

Es decir sean el Jerez á que me refería más arriba.

K. T. To.

COLABORACIÓN INÉDITA

IDILIO-ELEGÍA

I

Empezaba para mí una convalecencia no tan penosa, pero indudablemente más larga que la pesada enfermedad de cuyas garras había logrado al fin desprenderme á fuerza de repartir dinero entre médicos y boticarios.

El doctor me aconsejó ir al campo, y como en este consejo anduvimos conformes Pero Grullo y yo con el que lo daba, volé á la aldea lo antes posible.

Aunque sea el dato de poca importancia, diré que la aldea se hallaba situada en el empalme de dos carreteras, que sus casitas blancas rompían la monotonía de extenso valle y que la rodeaban montañas de considerable altura.

También debo advertir (y esto ya es, para mi relato más esencial) que en tan perfumado recinto había yo visto delearse muchas horas de mi niñez, con lo cual queda dicho que, aunque no hiciera memoria ni de una persona de aquellas cercanías, era yo popularísimo en la comarca.

No hubo quien no me ofreciera lecho,

abrigo y comida en su hogar; ni menos quien no usara mi nombre en diminutivo para llamarme. Claro es que desde el primer instante agradeci con toda el alma semejante hospitalidad; pero á fuer de buen historiador, he de confesar que la vida de Villaclara se me hizo insoportabilísima apenas llegué.

Acostumbrado de toda mi existencia al bullicio de Madrid, á la vida de sociedad, á las mujeres elegantes y livianas, á la buena música y á los toros, al barullo constante, al trato de gente ilustrada y á otras cien cosas que eran para mí más adoradas cuanto más me rendían, natural y lógico, fue que Villaclara (con sus carreteras, sus montañas, sus fuentes y su río, me parecía una tumba muy hermosa, pero sepulcro al fin, y reñido, como tal, con las ansiedades de los vivos: un jardín donde todo (menos las flores, el aire y la luz) era zafio, desagradable y monotonó. Si hubiese tenido afición á la Botánica ó á la Geología, menos mal, porque piedras y flores curiosas ya he dicho que no faltaban allí; pero es el caso que no tenía yo afortunada y desgraciadamente ni asomo de aficiones tales.

Tiburcio, un seminarista más misántropo que el célebre personaje de Moliere, pasaba por ser el sabio del lugar; y apenas dio conmigo, comenzó á enjartarme sin piedad interminables disertaciones filosóficas, debiendo advertirse que el chico tenía á Balmes punto menos que por hereje.

Para quitarme de encima aquel moscardón, le hablé del pesimista Schopenhauer, y logré mi propósito, pues aunque muchos empezaron á señalarme con el dedo, me vi libre por *secuta succurrit*, del joven tomista...

Ocho ó diez días llevaba en Villaclara cuando encontré un amigo.

Pablo, un muchacho despejadísimo, de noble corazón y que supo encantarme con sus atenciones, pasó algunos días en la aldea. Al partir él nos juramos eterna amistad; aun no nos habíamos confiado ningún secreto.

II

Eranse cuatro chiquillas como cuatro estrellas, la hija y las tres sobrinas del señor D. Juan de la Cruz Menéndez, quien había reunido en América una riqueza regular, que le permitía tener casa propia en su aldea y en la capital de la provincia; agasajar á los cuatro paja-

rillos que le rodeaban, tomar él un café de refinado sibarita y regalar á sus amigos (yo entre éstos) soberbios cigarros de Hoyo de Monterrey.

Conoci en cierta romería á D. Juan de la Cruz, y de buenas á primeras, grufie que grufie, me largó la siguiente andanada:

—Sepa Ud. Juanito, que mi intimidad con su familia data de muchos años; era Ud. un arrapiazo... Así, pues, no quiero etiquetas. Ud. entra en mi casa á todas horas, come conmigo siempre que se le antoje, charla con las niñas y hace lo que le dé la gana en la huerta ¿Está usted?... Y si no acepta Ud. será un majadero.

—Perfectamente D. Juan de la Cruz. Quedará Ud. complacido de mi llaneza.

—Ya lo veremos... Esta tontuela es mi hija Concha.

Me quedé mirándola; en medio de la sencillez de su atavío y de la cordedad de su genio, se traslucía un no sé qué de retozón fino y profundamente simpático que penetraba el alma.

Mi centro de operaciones fue, pues, la quinta de D. Juan de la Cruz; con su Concha y con sus sobrinas rei, comí, salté, hice excursiones, jugué á las cartas esquinas y merecí mucha confianza.

Daba gloria ver á la hija de D. Juan, morena, alegre y nerviosilla montar sobre una jaca en pelo é indómita y recorrer (mientras yo temblaba por ella y sus primas se burlaban de mis temores) las largas diagonales de la ancha huerta...

Al morir de una tarde, estábamos Concha y yo á solas, sentados en un banco de piedra.

Al través de un tul. La aldea me había vuelto romántico. Concha me enloquecía contra mi voluntad y con más poder que todas las coquetas que en los salones han sido, el corazón me hacía presentir algo triste, y mi boca y mi alma dejaron escapar al mismo tiempo este breve y efícuente discurso:

—¡Cuánto la quiero á Ud.!

Concha me miró con ternura, la vi por primera vez pensativa; y me respondió con ingenuidad de colegiala:

—Tengo novio.

Poco después supe que D. Juan de la Cruz obligaba á Concha á casarse con Pablo.

¡A prometida de mi amigo fue ya sagrada para mí.

FLOR DE UN DIA

71

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 70

FLOR DE UN DIA

67

tó sacudiendo de sí el recuerdo importuno que la abstraía:

—No puedo responder á la duda, pues cabe lo primero, y tal vez como fenómeno pueda ser posible lo segundo.

—Exacto, y queda en pie la incertidumbre, pero precisando y comprobando, quizá hallarás lo cierto saliendo la identidad de las vaguedades que la rodean. Y lo afirmo: si lo consiguiera, creo y no vacilo en confesarlo, poseería en germen todas las grandes felicidades de la vida.

—Entonces—replicó Mariana—ya merece la pena de buscarse la relación que exista entre la visión y la realidad.

—Pues he ahí la causa que impulsa el atrevimiento de perseguirla en una de las semejanzas.

—Lo comprendo y me animo á servirle á usted de auxiliar en el deslinde de las dos naturalezas.

—Acepto proclamándome altamente obligado y reconocido.

—No hay todavía motivo para tanto. Demos principio á esclarecer la verdad.

—Demos, y mil perdones por el plagio. El jueves, y me fijo en un día dado, el jueves pasó usted por el Retiro?

—Cuando fue jueves?—se preguntó Mariana así

Su poco grato y tantas veces truncado coloquio con Valladares no había dejado en Mariana huella visible. Hablaba, bailaba, sonreía, ostentando en toda su plenitud su discreción, su gracia, la libertad de espíritu de aquel que flota entre halagos y dulces complacencias. Sin embargo, de pronto, por la frente apacible y radiosa de la joven pasaba una sombra que la oscurecía, la distracción en un momento dado llevábase de su mente la idea, de sus labios la palabra, quedando en ellos la sonrisa sin expresión parada y yerta.

Después de contemplarla en uno de sus rápidos pero bruscos cambios que habían hecho decir una vez á la señora de Alfarañes y otra vez á su hija.

—¿No me oye usted Marianita? el serlo estudiante de derecho que en toda la noche había tomado parte activa en el baile, con su media sonrisa y la medida del que sabe y no da nunca á olvido lo que debe y se le debe, la dijo sacándola de su breve distracción:

—Hace tres horas que siguiéndola á usted, sin darse reposo mirada y pensamiento, no cesa de preguntarme, si en el orden natural de las cosas la he visto á usted en otra parte y antes de esta noche, que si lo fuera para usted, me complacería en llamar feliz, ó si no pasa de ser el recuerdo evocado, algunos rasgos de semejanza de un sér real á un sér soñado en un acceso de fiebre.

Mariana alzó sus ojos, fijólos en Burgos y contes-

No entramos á compás—dijo Valladares riéndose—pero un paso rápido y se coge.

El rigodón concluyó en silencio. Valladares parecía haberse propuesto darle tiempo para reflexionar. Dióla el brazo para conducirla á su asiento, pero antes de llegar, deteniéndose y deteniéndola:

—Antes de separarnos, resuelva usted—la dijo—¿Guerra ó paz?

—De una vez para siempre—respondió Mariana con firmeza—lo que me aleje más de usted, y á usted lo aleje más de mí.

—Tenga usted el valor de sus resoluciones: ¿Guerra ó paz?

—¡Guerra!—dijo la hostigada joven retirando la mano del brazo en que apenas reposaba.

—¡Pues á muerte!

—Y hasta la muerte.

Mariana se alejó sin saludarle, y Valladares quedó plantado mirando cómo se apresuraban á abrirle paso, cómo la seguían todas las miradas, cómo se le rendía el honorero homenaje tributado á la belleza, y por último, cómo D. Pedro Pablo y su hija se iban al encuentro y se la llevaban con Diego y su tía al comedor á tomar un helado que empezaban á servirse en profusión.

Mirándola, sus pupilas resplandecían, los labios estaban cárdenos, pero la sonrisa, agasaba